

Julia Guadalupe García Ortega

Flor Quepasita

(Para anabelita)



Hace unos días, en medio de un castillo de papel, encontré algunas epístolas que, entre otras cosas preguntaban: ¿Cómo llegaste mi niña?

Recuerdo bien. Fue la vez que un par de soles enigmáticos alumbraron mi vientre con su semilla blanca. Su luz era tan intensa que caí rendida en medio de aquel telón antiguo. Entonces me elegiste, con tus latidos de brasa y el fuego en tus venas, imparable, inocente, acróbatas de las palabras y tu sonrisa perfecta. Mi niña, ¡eres como si inventaras el universo!

Tú eres mi concepto definitivo, mi afán devocional, sentimiento y emoción que se vierte gracias a la gravedad del amor. Contigo no hay tinieblas ni abismos; eres inocencia que se encumbra más allá del deseo, la culpa y otros límites oscuros. Asumiendo mi invisibilidad, vuelo entre las nubes contigo.

En esta era de espejos eres tú mi absoluto motivo, mi paradigma, el mejor capítulo del libro llamado Vida, historia en que me miro. Desde que supe de ti, el dolor se ha fragmentado, y ya no me dueLEN con antes las heridas.

Todos están felices en casa. El árbol que no se deja vencer por el invierno, al verte jugar, hace música con sus ramas. Por qué llorar mi pequeña si ahora te pertenezco. Hoy, de tanto reír, mi rostro revienta y hasta parezco pétalo viajero. No mi niña, aunque ya no tenga oídos, mis ojos queden estropeados y tenga las manos incineradas para no abrazarte, ya no podrán evitarme porque contigo he nacido y mi corazón ha encontrado su equilibrio.

Sin extraviarme llegaré de tu mano a la noche, siguiendo la ruta de tus gestos y el hilván de tu pelo, viviré el ritual de tu sonrisa y creceré infinitamente a tu lado. El ojo único del cielo se llevará mis pesadillas y tus dientes de luna serán mi poesía.

—¿Qué te dice Dios de mí, hija mía? Cuando estoy perdida en mí misma, si tú lo nombres, recobro el sentido.

—Mamá, la flor del jardín está triste. Quiere saber por qué lloras si estoy contigo.

—Esta agua que se desborda de mis ojos es arroyo para que puedas divertirte con bulliciosos juegos.

Mira los primeros rasgos mi niña, mira cómo los números se inventan en tus manos, hacen una ronda y los colores funden la geometría con el viento. Ahora mi cuerpo ya tiene brillo. Es de mañana, tu latido me despierta, mis sentidos se expanden como el sol y la brisa juega tras la puerta.

—Dime, ¿quién te ha concedido esos ojos bellos?

—Dios, madre, Dlos.

—¿Y quién es Dlos?

—¿No te lo dicen mis ojos?

—¿Y por qué esas manos, esas estrellas?

—Para iluminar tu risa, mamá.

—Mi flor eterna, no te olvides de llevarme cuando alcés vuelo.

—Dime, ¿por qué lloras mamá?

—Quizás me siento sola, niña bella.

—Ven mamá, por aquella ventana escaparemos al mundo. Si no puedes volar, te llevaré en las alas de mi juguete favorito; si no puedes correr, pintaré un camino más corto, y si quieres ver el mar, subiremos al barquito de papel, siguiendo la ruta del río que bordea el ranchero en los días de lluvia

fiel. No te preocupes, conozco el camino.

—Pero aún tengo miedo mi amor, miedo de seguir subiendo. ¿Qué será cuando empiece a bajar, cómo será micalda? Mi niña, ¿crees que me faltó mucho por soñar? Qué tal si jugamos a que tú eres mi mamá. Sabes bien que lo eres. ¡Ojalá pueda partir desde tu regazo al regazo de la tierra cuando vuelva al principio de la vida.

Siendo tan pequeña alumbras como el sol, eres fuera de serie, una campana que llena alegrías, flor de cuyo corazón mana miel. Hoy al contemplarte, los pétalos de tus ojitos se abrieron y bailaba dentro tuyo el amanecer. Despertaste y las burbujas de tus pliegues, inquietas saltaban ansiosas por correr.

—Mamá, en un sueño la luna era un quesito y me lo comí. ¿Quién alumbrará esta noche? ¡Ya sé! Dibujaremos otra luna coqueta, pintada con relazos de nube algodón y nieve.

Mi niña, desde que te conozco, he prometido no dolerte en mis palabras. Recuerdo cuando rugías a las estrellas invocándote, describiendo tu imagen en un rincón. Tú eres mi hermana. Ven ahora mi amor, estoy desnuda de mí misma y ya no sangra mi pezón. Qué importa caer, contigo me levantaré, se quejarán hasta las piedras y lloraré ¡pero de piel! Adiós frío, adiós silencio, quién soy y dónde mi rostro, mi casa y mi pueblo. El espacio rojo se ha extinguido y también mis miedos, tus aguas definitorias conducen mi tiempo.

Wawitay, me has robado el corazón. Yo soy de ti desde antes de venir al mundo. Me has sonreído y ahora no deseó otra cosa que tu camino. Tú eres el retorno. Si el silencio debe ser encumbrado, sea cuando sueñas mi niña, sólo cuando sueñas.

—Mamá, ¿ves aquel gato que ronronea?

—No es un gato mi vida, es polietileno en medio del charco.

—Pero mamá, ¿olvidas que estás jugando conmigo?

—Perdona mi niña.

—Mira bien, se parece al gato de nuestra casa, al de bigotes transparentes y la cola como pregunta.

—Tienes razón mi niña, es el mismo travieso. Sus orejas de minino lo delatan; este olvido de mí misma parece canción repetida.

Que hoy los recuerdos tristes se escurran y también el miedo. Aquel pajarito que te saluda detiene su melodía en tu sonrisa. Basta de este corazón eclipsado. Juguemos hasta hacernos invisibles en este mundo oscurecido. Se extinguieron las lágrimas que horadaron el tronco del árbol, testigo de mi derrota, la lluvia te acaricia y tú juegas con ella, te mojas, te empapas de gloria. También me empapo, mientras las flores blancas se desuelgan saludando el trono de tu llamada.

Contigo voy cantando uno, dos, tres y también al revés. Salto en las calles, volteo en el pasto, mientras me miran y dicen que no he madurado. Qué importa mi niña, bailemos y nos daremos un abrazo, descubriremos mil colores entre los juguetes, gozaremos hasta mimetizarnos. Un himno nacerá de nuestras risas, y la médula de nuestros cuerpos será la orquesta.

Tú brincarás tan alto y yo resbalaré por admirarte. Caeremos juntas entre las rosas, un animalito curioso nos observará detrás las piedras, y aquella mariposa nos guiará con su sombra. Entonces pediremos un deseo y a escondidas se lo contaremos al conejito de arcilla. Así dibujaremos en la tierra el libro que nadie ha escrito nunca, universo infinito como infinito es el asombro cuando somos niños.

Si cualquiera de estos días despiertas entre lágrimas y gritas y me pongo nerviosa, no hagas casos de mis miradas. Déjame contarte más bien el aroma de sueños que se inscriben en mi memoria: crecían dos uvas en tus ojos, tus mejillas eran manzanas, tu frente durazno, tu nariz un relazo de piña, tus labios fresa y tu barbilla, jugosa papaya. Quería saber por qué llevabas un fruterío en la cara.

Tu ombligo de agua naciente es mi extravío. Tu abrazo, pasión celestial, por eso cuando me llamas, mis manos se vuelven alas. Eres tan dulce que con sólo mirarte, quiero escapar de mí a tu cuerpo de estrellas, amarte desde la ruta de mis venas hasta el verso de tus besos. Cuando voy a tu encuentro, las esquinas se ríen de mi prisa, querer llegar a casa, tu sombrilla líquida vendrá a encontrarme, comenzará

el ritual y yo quedaré en trance. Tus cabellos, golitas ligeras flotarán como mariposas, aquel barquito de papel bautizado con tu nombre ha encallado en mi corazón. Mi semillita del amor, si el mundo está hecho a tu medida, deja que lo vea como lo haces tú.

—Mamá, ¿cómo se llega al futuro?

Ayer me encontré con tu amigo, el gato de bigotes enredados. Entre mío y mío me dijo que era afortunado. Ya somos dos, le contesté. Sí, todos los días ella me hace nacer de nuevo. Estaba allí también el perro Gau Gau con pañuelos de bombón. ¿Dónde está mi pequeñita? —preguntó. Está jugando con el agua, inventando una canción y las gatas traviesas se deslizan hasta su pantalón.

No me digan loca porque a veces hablo sola, porque también yo tengo un amigo imaginario. No me digan loca porque te amo, y porque tus palabras inventadas y aquellos juguetes invisibles susurran versos, dan sol.

Habrá días mi niña, en que sufriré, gritaré, lloraré y clamaré verbos. No te asustes, es que debo vivir la otra ruta de mi camino. En cuanto esté calmada, déjame aprehender las letras de tu cariño. Tomándonos de las manos escribiremos una vocal redonda como tu mirada, una "A" boquiabierta, y una "E" coqueta.

¡Que me dejen ser feliz contigo, es todo lo que pido!

Tu sombra mi niña, es el umbral de mi fantasía, el paraiso, mi dulce oficio, semblanza de mi calavera golosa. Enticabam el hoy y el mañana. Mi hambruna hecha de suspiros se aquietó en tu presencia.

Eres la invitación al sueño infinito, al volcán de rosas y el río de risas, a los siete puntos cardinales y la mirada encendida. Qué importa si mi cuerpo envejece. Tomada de tu mano, he vuelto a la raíz y al canto. Los vientos se re-crean y silban conmigo. Ya somos uno.

Disgregada en esta memoria, he de aferrarme a tus pasos, y ni las muertes sucesivas que me aguardan, podrán cercenar la metáfora de mi vida.

